

Mirando hacia atrás, pensando hacia adelante

La bola de cristal de que el común de los mortales disponemos no es otra cosa que el pasado. La proximidad del año nuevo proyecta nuestro pensamiento hacia el futuro: ¿qué nos espera en 1983 y más allá? Y la pregunta tuerce hacia atrás nuestra mirada: ¿podremos columbrar, a través del espeso cristal del tiempo ido, la forma de las cosas por venir?

Primero, el mundo. El año que se va proyecta una larga sombra de incertidumbre sobre el que se acerca. En un escenario profundamente escindido, el asiento de la paz, hasta de la paz mediocre y parcial que tenemos desde hace años, parece volverse más precario. Con un hombre de la KGB instalado en el trono del Kremlin, y las azorantes versiones sobre la complicación del servicio secreto búlgaro en el atentado contra el Papa, hoy la Historia parece estar siendo escrita por un mal imitador de John Le Carré, o Eric Ambler. Ante la truculencia dominante, toda pretensión de grandeza se esfuma.

La incertidumbre es particularmente intensa en materia económica. Más que una larga contracción cíclica, nos parece estar asistiendo a una secuencia de recuperaciones abortadas. El piso de certidumbres básicas sobre el cual la actividad económica tiene que sustentarse luce temblar al sistema occidental bajo los pies.

El año próximo verá cumplirse el décimo aniversario del abandono del patrón cambio-oro, decisivamente fracturado ya en 1971. Es la primera vez en la historia que el sistema occidental pretende trabajar, como cosa permanente, con una moneda hecha estrictamente de papel. Es la primera vez que la moneda tradicional, construida por el obrar espontáneo de innumerables agentes a través de los siglos, es reemplazada por un artefacto diseñado por un puñado de economistas. Es algo altamente moderno, es profundamente cartesiano. No está probado, ni mucho menos, que vaya a funcionar.

El año pasado vio el rechazo de la vuelta al oro por la Comisión que el Secretario del Tesoro de los EE.UU., Sr. Donald Regan, creó para asesorarle al respecto. La posibilidad de que los EE.UU. volvieran a asumir el liderazgo económico de Occidente, restituyéndole una moneda sana y confiable quedó así descartada, al menos pospuesta. Recientemente el mismo Sr. Regan habló,

en Frankfurt, de "un nuevo Bretton Woods". La idea es alentadora, pero, ¿surgirá el liderazgo que se precisa? ¿O seguirá cundiendo la desintegración, el "sálvese quien pueda" del temible rebrote proteccionista?

En segundo lugar, nuestra comarca. Esta nos muestra un panorama inquietante, desde el Río Bravo a Tierra del Fuego. Un panorama que se refleja sobre nosotros mismos, en la percepción de los centros financieros, que hoy nos engloban, cuando apenas ayer nos percibían irradiando confianza, en una zona de riesgo.

Dentro de nuestra comarca, el país con el cual nuestra asociación económica, entre otras, es más estrecha: Argentina. Argentina, después de haber ensayado una vez más, en un lapso increíblemente corto, infructuosamente, todo su repertorio de políticas económicas; dispuesta, según todo indica, a continuar con su ciclo político peronista-militar-peronista; visitada una vez por las tensiones extremas y la violencia; postergando, hoy se diría que para un futuro brumoso, esa prosperidad a que todo parece darle derecho, y que tan señalado papel tiene que desempeñar en nuestro propio desarrollo.

Por último, nuestro país. Con el ánimo un tanto maltrecho tras nuestra universal recorrida, pero convencidos, sin embargo, de que si bien no nos será posible abstraernos en 1983 de una coyuntura externa deprimida y problemática, podremos al menos poner al país en marcha, luego de la panne atroz que hemos sufrido.

1982 fue sobre todo el año en que la credibilidad del gobierno uruguayo en materia económica se hizo añicos. Comenzó, ominosamente, con la fatídica tergiversación de las cuentas fiscales, que sólo sirvió para destacar la falta de recursos de las autoridades frente al déficit arrollador aparecido seis meses antes. Prosiguió con una secuencia de medidas económicas, cuyo anuncio fue poniendo sucesiva y progresivamente en descubierto el desconcierto oficial ante la coyuntura. Se integró con un verdadero alud monetario volcado a través del BHU, con billetes recién impresos por el BCU, que comenzó apenas en mayo, y llegando a noviembre excedía de 350 millones de dólares, llegando casi al nivel de la asistencia a la Tesorería entre las fuentes de expansión del crédito, y consagrando la quiebra

total de la coherencia de la política; y se remató con una profusión de protestas solemnes sobre la continuidad de éstas, cuando el engaño ya no podía servir de nada.

Ser creíble un gobierno depende de que posea, y se le reconozcan, dos virtudes: un fuerte apego a decir la verdad, por una parte, y por la otra un mínimo de coherencia y lucidez. En 1982 el gobierno uruguayo falló terminantemente en ambos aspectos.

Sabemos que 1983 no va a ser un gran año económico para el Uruguay, pero él nos abre con todo una amplia gama de posibilidades, entre las cuales cabe un marcado avance frente a la afligente situación en que hoy nos hallamos. Todo depende del empeño que las autoridades pongan en recuperar su credibilidad, y el éxito que alcancen al respecto.

Una lección muy clara que las recientes peripécias de los países del Cono Sur nos enseñan es que no hay política económica que merezca calificarse de buena si no logra la confianza del público. La historia uruguaya de 1982 ejemplifica lo que ocurre cuando la política de un gobierno pierde la credibilidad de su sector privado. La de 1983 puede mostrarnos lo que acontece cuando una política mucho menos ambiciosa y tal vez imperfectamente diseñada se reencuentra con la confianza de quienes han de ser sus protagonistas. Y eso puede representar un marcado progreso, al menos en torno a la variable esencial del nivel de empleo.

Para ello hace falta una cosa, sin embargo: que la política se conozca y se defina con razonable precisión; y que no se la confunda con las decepcionantes medidas de política comercial anunciadas el 25 de noviembre, y puestas en vigencia en estos días, ni con las que intentan cancelar los daños de la política vieja y de su brusco abandono, lo que en rigor es una imposibilidad. Lo que se necesita es un anuncio preciso y realista de la política crediticia: una tablita del peso, en último término. Sin ella, y la disciplina que tenderá a generar, la inflación se volverá incontrolable, y la recesión se profundizará.

Quedamos, pues, en actitud expectante. El Cr. Lusiardo tiene derecho a un tiempo prudencial; pero debería tomar conciencia de que los relojes ya están en marcha.